



Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne

52 | 2017

Manuel Tuñón de Lara (1915-2015)

En el centenario de Miguel de Unamuno II

Julián Antonio Ramírez, Manuel Tuñón De Lara y Jean Camp



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/bhce/457>

ISSN: 1968-3723

Editor

Presses Universitaires de Provence

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 diciembre 2017

Paginación: 357-359

ISSN: 0987-4135

Referencia electrónica

Julián Antonio Ramírez, Manuel Tuñón De Lara y Jean Camp, « En el centenario de Miguel de Unamuno II », *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* [En línea], 52 | 2017, Publicado el 09 octubre 2018, consultado el 20 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/bhce/457>

Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne

En el centenario de Miguel de Unamuno II

Título: En el centenario de Miguel de Unamuno II

Año: 1964. Duración: 21 min., 12 seg.

Fondo sonoro: Radio París. Ramírez/del Campo.

Resumen: Programa en torno a la figura de Miguel de Unamuno en el que participan: Jean Camp y Manuel Tuñón de Lara.

Signatura: FO RP/0310

<https://web.ua.es/devuelveme-voz/visor.php?idioma=es&fichero=9392.mp3>

RAMÍREZ: Profesor Jean Camp y Manuel Tuñón de Lara, volvemos a reunirnos hoy para continuar hablando de nuestro don Miguel de Unamuno. Recordaba usted, profesor Jean Camp, días pasados, la llegada de Miguel de Unamuno a Francia después de su destierro en Fuerteventura. Y precisamente tengo aquí, ante los ojos, un artículo, el primer artículo que publicó Miguel de Unamuno al llegar a tierra francesa y que ahora reproduce la revista *Esprit*. Un artículo publicado por *Le Quotidien* del 29 de julio de 1924. Decía don Miguel de Unamuno en ese artículo: «Quiero que la primera palabra del mensaje que dirijo a Francia sea la expresión de mi gratitud. Fiel a sus tradiciones de libertad y de hospitalidad, ha hecho del desterrado que soy, ha brindado al desterrado que soy, el más noble y más emocionante recibimiento. He dicho ya dos veces en Cherburgo, en un inmenso mitin popular y en un banquete íntimo, mis sentimientos de orgullo latino y de reconocimiento al ver a toda la población de una gran ciudad acudir al encuentro de la proscripción para saludar a los proscritos. En este primer momento no puedo contar, relatar, cuál fue mi crimen y por qué se le envió al decano de la Facultad de Letras de Salamanca, que había adquirido, había ganado cierto derecho –lo digo sin orgullo– a la consideración universal, por qué se le envió a enseñar cabriolas a las cabras y resignación a los camellos de Fuerteventura. Me basta declarar aquí que yo no estaba hecho para esa misión». Y termina aquel artículo diciendo «Francia ha conquistado sus libertades y a través de vicisitudes diversas defiende y conserva celosamente aquel tesoro. Ella comprenderá que yo no tenga menos orgullo y que quiera también las libertades para mí, para mi patria, porque entonces es cuando ya no habrá Pirineos». Este es el recuerdo que publica la revista *Esprit*, pero, señalemos, como decíamos el otro día, que al mismo tiempo que la introducción de que ya dimos lectura, al mismo tiempo que una evocación del artículo que la misma revista *Esprit* publicó en el número de febrero de 1937, y que habría que citar íntegro, al tener noticia de la muerte de don Miguel de Unamuno en Salamanca, *Esprit* publica en este número un artículo de José Bergamín sobre una carta. Se titula exactamente el artículo de José Bergamín «Por encima del sueño»; un artículo del también eminente y conocido hispanista Jean Cassou que se titula «El hombre Unamuno»; y un artículo de usted, Manuel Tuñón de Lara, que se titula «La España de Unamuno». Le voy a pedir, como dijimos ya días pasados, que nos hable detalladamente de esto.

TUÑÓN DE LARA: Yo decía que era difícil saber si el planteamiento más correcto de la cuestión consistía en decir «La España de Unamuno» o «Unamuno de España». O tal vez las dos cosas a la vez. Porque durante un prolongado período de nuestra historia contemporánea, es casi imposible separar la presencia del rector de la Universidad de Salamanca del vasto camino de la cultura española. Por eso el centenario que hoy celebramos tiene seguramente un doble significado. Uno, el de la tradición inmediata, el de este patrimonio cultural que los españoles de hoy heredamos de don Miguel. Y otro, la plena vigencia en los días que vivimos de las enseñanzas de Unamuno.

Es punto menos que imposible abarcar, no en una sino en muchas conversaciones, las facetas tan diversas de la personalidad de don Miguel de Unamuno y los campos tan heterogéneos en los cuales se prodigó su creación como una fuerza singular. Tengo que renunciar a embarcarme por la vía de una de las especialidades de don Miguel, porque nos haría esta conversación inacabable, y prefiero hablar algo que me preocupaba ya en mi artículo, que me ha preocupado siempre, otras veces lo he tratado también... Es el fuerte, el vigoroso carácter español de don Miguel de Unamuno. La esencialidad española, podríamos decir.

Pero el profesor Jean Camp el otro día terminaba sus palabras con algo que me emocionó mucho porque evocaba probablemente uno de los momentos más dramáticos de la existencia de don Miguel. No solamente porque fue el último momento, sino por la fuerza intensa en que se proyectaba su españolismo. Su españolidad, perdón, como él quería decir. Cuando don Miguel de Unamuno encerrado entre las cuatro paredes de su casa de Salamanca reclinaba la cabeza sobre el pecho para morir, para entrar en esa aventura que tanto le angustió a lo largo de su vida. Había

dicho aproximadamente las palabras «pero a pesar de todo Dios no puede volver la espalda a España». Ese sentimiento patriótico, la angustia española de Unamuno que con tanta fuerza se marcaba ya por ejemplo —y es un ejemplo más—, cuando escribe desde su destierro en París *La agonía del cristianismo*. No hay más que releer algunas de sus páginas. Le había seguido y perseguido hasta entonces, y era su última exclamación. Porque hace un momento señalaba yo la diferencia entre el concepto de españolidad y el de españolismo de Unamuno. Con qué entereza rechazaba lo que llamaba españolismo. Es decir, el patriotismo huero de oropel... lo que se llama en España «patrioterismo». El querer vender como buenas las cualidades regulares o deficientes de la patria. El querer ignorar los males propios... Esto era incompatible con el hombre a quien le dolía España, a quien quería tanto a España porque precisamente veía sus males y los sentía como suyos. Y don Miguel decía: «Nada de españolismo sino españolidad». La auténtica España, el auténtico patriotismo está representado por la españolidad. El españolismo es el de la Guerra Civil —incivil—, el del «vivan las caenas», el del crimen contra Riego... Todo esto lo decía aún don Miguel en uno de sus artículos el año 34, me parece.

Don Miguel era tan hombre de su tiempo y por ser hombre de su tiempo tan reciamente español, que desde que entra en la escena nacional entre las primeras filas de la Generación del 98 ya incita a pensar a sus compatriotas. Les hace la vida difícil, se las hace incómoda, rompiendo todos los prejuicios, todos los tópicos establecidos. La crisis del patriotismo, por ejemplo, y en los ensayos de esta época que van desde el 95 al 97, es donde don Miguel plantea la cuestión de la intrahistoria, al que le da más importancia que a la historia externa. Y ¿quiénes son los protagonistas de esa intrahistoria? Los hombres que laboran en los campos desde que el sol sale hasta que se ha puesto, los cuales siguen ahí año tras año sin que para ellos suponga cambio alguno en su existencia los acontecimientos de la historia externa que se produce en la Corte. Y de todos es conocida la frase de don Miguel al referirse a la Revolución del 68, a la Gloriosa, a la revolución la cual según Prim había que derribar en el estruendo todo lo existente, y de la cual comentaba con alta razón don Miguel que pasó sin que esos millones de hombres que forjaba la intrahistoria de España se enterasen de que tal acontecimiento, al parecer estruendoso, se había producido.

Pero en fin, es que toda la trayectoria de Unamuno va a incidir sobre problemas análogos, aunque con las diferentes variantes del tiempo y de su preocupación intelectual. No podemos hablar aquí ahora de la época en que escribe la *Vida de don Quijote y Sancho*, del [tiempo] de *La agonía del cristianismo*, etcétera. Pero yo quisiera decir una sola cosa porque ya implícita en su esencialidad española, que es el humanismo de don Miguel de Unamuno. Cuando don Miguel dice en *El sentimiento trágico de la vida* que jamás otorgará su confianza a un conductor de pueblos que no se dé cuenta que dirige a hombres verdaderos, a hombres de carne y hueso, a hombres que gozan y que sufren, a hombres que van a morir aunque no quieran morir, a hombres que nunca son medio sino un fin en sí. Este principio de don Miguel lo mantuvo a lo largo de su vida con tanta entereza como el profesor Jean Camp nos recordaba el día anterior.

RAMÍREZ: Humanismo porque españolismo, dice usted, Tuñón de Lara. Y de eso también habla Jean Cassou en su artículo, escribiendo textualmente «hay que decirlo y repetirlo: todo pensamiento español es un pensamiento humanista, porque el humanismo, es decir, la sabiduría o la sensatez, esa palabra difícilmente traducible que en francés es *sagesse*, no consiste en elegir a uno de los antagonistas de nuestra guerra civil interior, ya sea la razón o la fe, y muy a menudo en el pensamiento vulgar se decide que el antagonista elegido por el humanismo es la razón. A ella parece que van las preferencias de la sensatez. La razón es el buen sentido, y se confunde el humanismo con una actitud de justo medio, de pensamiento medio, una actitud de buen sentido, de sentido común». Pero Jean Cassou, en este mismo artículo, escribe cosas bastante sabrosas. Por ejemplo, dice que don Miguel de Unamuno se aburría bastante en París, que se sentía..., se sentía desplazado, porque decía que en París se encuentra siempre la Historia, con mayúscula. Monumentos históricos que le recuerdan a uno los grandes acontecimientos y nunca se ve a la naturaleza. Y eso es lo que él contaba un día a sus comensales —recuerda Jean Cassou—, almorzando, comiendo en la pequeña pensión de familia, donde residía al lado de «l'Étoile», en la rue La Pérouse. Les explicaba que en París no se encuentra nunca más que monumentos que evocan grandes acontecimientos —es decir, la historia—, y jamás, jamás, la naturaleza. Entonces, la camarera, la criada de la pensión, que servía, un poco chocada, herida en su patriotismo parisién, no pudo impedirse decirle con tono de suave reproche «ah, señor, ¿y el Bois de Boulogne? ¿Y el Bosque de Boulogne?». Desde luego, continúa Cassou, el Bois de Boulogne no podía parecer más que una cosa muy artificial, muy ordenadita y muy irrisoria para un hombre que tenía hambre de eternidad. Y esa eternidad la encontraba en la naturaleza, la que él conocía, la de los paisajes castellanos. Allí, la tierra, el cielo y las hojas de los árboles, cuando hay hojas en los árboles y árboles, son verdaderamente elementos. Allí, la naturaleza, con sus elementos, reducida

a su estado más desnudo, más puro, la naturaleza con sus elementos y con sus renacimientos es una eternidad. Y España, España también, porque se escapa de la historia, es una eternidad, dice Jean Cassou en su artículo. Y lo leeríamos todo, ¿verdad? Pero no es posible.

Sin embargo, quiero recordar algunas de las cosas que en la misma revista *Esprit* escribe José Bergamín, en un artículo titulado «*Au-dessous du rêve*», «Por debajo del sueño», y que no es nada más que un artículo que él escribió en 1938, es decir, durante la guerra de España..., por lo menos que publicó la revista *Europe* en París en 1938, en julio de 1938, y que era glosando, un artículo glosando una carta que había encontrado José Bergamín, carta de Unamuno dirigida a él. Y después de otras muchas cosas dice José Bergamín: «Murió verdaderamente solo don Miguel de Unamuno. Murió en manos de la melancolía porque, como su Don Quijote, vivió fielmente, luchando por la justicia, por la verdad, hasta morir de ello». Y más adelante dice Bergamín: «pues bien, mi don Miguel, tú que viviste verdaderamente, haciendo de la verdad y de la vida tu divisa, de la verdad más poderosa de la razón; de la vida más fuerte que el dolor y que el gozo, sin alegrarte de ello ni quejarte, pues bien, mi don Miguel, ¿qué es lo que agriaba y emponzoñaba tu alma? ¿La mentira? ¿La muerte? Avivo, nos dice tu carta, la tristeza fatídica que me invade cuando veo, no la cobardía, sino el colapso letárgico de mis compatriotas». Tu mejor amigo –prosigue Bergamín–, el poeta Antonio Machado, me contaba que le decías un día: «no veo, no veo», hace poco más de un año, antes de retirarte para preparar el último sueño en tu pequeño despacho de Salamanca. Para preparar, tal vez, el último sueño umbroso, soñarrera umbrosa –decía don Miguel de Unamuno–, de tu vida. No veo, no veo. ¿Quién te quitó pues la luz? Y dicen que morías de mal de España. ¿De mal de España? ¿Es mal de España su agonía? ¿Su agonía cristiana y unamunesca?» –recordemos que don Miguel de Unamuno daba a la palabra agonía el sentido de lucha, de combate, de vida. «Y ahora –prosigue José Bergamín– comprendo mucho lo que yo mismo escribía –añade don Miguel– sin comprenderlo bien al comentar la vida y la pasión de nuestro señor don Quijote, virgen como Jesús». Agrega Bergamín: «la agonía cristiana y donquijotesca, la agonía española ¿eran un mal del que pudiera morirse? Porque no hay mal que no termine siendo un bien, ni siquiera el de la muerte. Y lo mismo ocurre, tal vez, con el mal de España, porque hay una España muerta y una España viva».

Hermosos artículos estos que ha publicado la revista *Esprit* en el centenario del nacimiento de don Miguel de Unamuno. Pero tal vez puedan parecer divagaciones un poco al margen de la realidad, divagaciones hechas de evocaciones. Yo quisiera, profesor Jean Camp, que viniéramos a un aspecto más actual, tal vez al que refleja la pervivencia de la personalidad y de la influencia de Unamuno.

JEAN CAMP: Yo creo efectivamente que siendo lo que fue la vida de don Miguel, y lo que es la obra de Unamuno, esta vive más intensamente que cualquier otra en la conciencia española de hoy. Ninguna, en efecto, ha penetrado con mayor intensidad en la emoción de las generaciones que le han seguido. De esas páginas henchidas de hondo estremecimiento, la pasión viviente de este escritor, henchida de personal congoja, trascendió hasta la ciencia de los más jóvenes. El diálogo de don Miguel consigo mismo fue un diálogo con las nuevas generaciones, porque el dolor de España de que Unamuno se queja es hoy cada día más el dolor de todo español que hace de la libertad el ansia y la razón de toda su vida de lucha y de combate. Porque este dolor de España es también un dolor universal, y cuando mira ávidamente a Europa y a España quiere arrancar a la cultura europea lo que de ella sirve para salvar a su país, y descubre que es en su país mismo donde ha de buscar y encontrar la salvación querida e indagada. Pero Unamuno es universalmente humano y español, y si quiere españolizar a Europa y al mundo es porque es su misión esencial como lo cree y lo dice. Es, y cito sus palabras, «llevar lo más íntimo del alma de nuestro pueblo, su esencia eterna, su divina sobrerazón de ser, el juego de su cristiandad quijotesca, al conocimiento y al entendimiento de los pueblos de lenguas latinas, anglosajónicas, germánicas, eslavas..., a la humanidad civilizada». Mi amigo Jean Cassou ha dicho en una de sus páginas que «Unamuno tiene de Shakespeare y de Pascal. Tiene la misma avidez desesperada de salvación de la dignidad, de la conciencia, del espíritu del hombre. Por eso su obra vive y persevera entre nosotros y su figura adquiere la dimensión española de un Vives, de un Valdés, de un Quevedo en España. Y en el mundo todo, afirma, con un acento que los siglos no harán callar, la fe inquebrantable de un pueblo entero, en el triunfo de la verdad y de la justicia».

RAMÍREZ: Con estas palabras terminaremos nuestro homenaje a don Miguel de Unamuno en el centenario de su nacimiento. Muchas gracias, señor Tuñón de Lara, muchas gracias, profesor Jean Camp.